

ESTADISTICA

Problemas de la Vida Local

Conforme al título de esta Sección nos proponemos aplicar en gran escala a los problemas municipales los métodos de la Estadística, utilizando la documentación numérica existente ya, y la que en lo sucesivo se recabe. Los problemas de la vida local son muchos, pero acaso puedan sintetizarse en muy pocos; porque los más importantes, los fundamentales, se descomponen en otros muchos problemas de orden secundario, problemas de aplicación, de fase, de última consecuencia. En este punto se impone también un criterio selectivo. Vamos a estudiar estadísticamente, con materiales y métodos estadísticos, los grandes problemas de la vida municipal española; pero, ¿cuáles son esos grandes problemas? Nosotros desconfiamos de nuestro propio criterio en la jerarquización de los mismos; y como en otros casos de indecisión o desconocimiento, hemos acudido a los libros. Precisamente sobre nuestra mesa de trabajo hay varios de tanto interés por lo que dicen como por lo que sugieren. Abrimos el que está más cerca, entendiendo la cercanía no en sentido físico sino cronológico, es decir, el que hace menos tiempo que ha sido publicado y que por ello nos hace suponer que ha sido escrito en fecha más próxima. En la portada se lee: «Teoría de la Ciudad», y el nombre del autor: Gabriel Alomar Esteve, Arquitecto; con una fecha: 1947.

He aquí un libro reciente que a la vez es un libro bueno y ameno, cosas todas que no siempre suelen andar juntas. Lo hemos leído con agrado y creemos que agradará a todo el que lo lea. En la cubierta, sobre la portada, y en la portada misma, se reproduce muy difuminado un plano antiguo (¿del xvii?, ¿del xviii?) de la ciudad mallorquina de Palma. Ha sido un acierto el poner este plano como

fondo sobre el que resalta el título del libro y el nombre del autor. Ha sido un acierto porque hábilmente sugiere en el lector el ambiente en que está pensada y escrita la obra; nos dice sin palabras en qué ciudad pensaba el autor al redactar su libro, y a qué ciudad dirigía mentalmente las cuartillas que iban saliendo de su pluma.

Pocas veces, acaso ninguna, se cita la ciudad de Palma en el texto; pero en todas sus páginas se transparenta la visión de la ciudad mallorquina, de la misma manera que se percibe el dibujo desvaído de su antiguo caserío, sirviendo de fondo al título de la obra y al nombre del autor.

Hemos querido resaltar la importancia de este libro, aunque ello no sea precisamente materia de nuestra incumbencia, porque no es fenómeno habitual, ni siquiera frecuente, la aparición en nuestras librerías de una obra sobre urbanismo, y además de una obra de interés. Claro que por otra parte no es pura casualidad el que la obra haya sido editada por el Instituto de Estudios de Administración Local. Precisamente lleva un prólogo del Director del Instituto, don Carlos Ruiz del Castillo, que nos pone ya en contacto con el asunto mismo y con la técnica con la que el asunto está desarrollado. Se trata —dice el prologuista— de un libro escrito por un arquitecto, en el cual las cuestiones de edificación y de caserío, es decir, las que parece que deberían absorber la atención de un autor arquitecto, ceden el puesto a las cuestiones sociológicas y a las puras cuestiones humanísticas.

Es importante marcar este carácter del libro. No olvidemos que en toda ciudad hay dos aspectos fundamentales: es un caserío acumulado, y es una masa humana conviviente en un espacio reducido. Todo el que se ocupa de urbanismo tiende indirectamente a caer de un lado o a caer del otro; o le preocupan de preferencia las casas y las calles, o le preocupan de preferencia las familias y los hombres.

En este segundo aspecto tenemos en España un precedente no muy remoto, pero precedente al fin del actual movimiento urbanístico. Se trata de Angel Ganivet. Ganivet abordó la cuestión del urbanismo en concepto de escritor y de granadino, y lo aplicó a su ciudad de Granada, viéndola, sin embargo, a través de las ciudades septentrionales en que por razones profesionales (su carrera de cónsul) tenía que vivir. Su libro, que es más bien una colección de artículos periodísticos publicados en un diario local, su libro «Granada la bella» es precisamente la reacción contra los urbanistas que sólo ven en la ciudad calles y casas. «Es preciso advertir en ellas —dice

Ganivet con estas o con otras palabras— un conjunto de hombres y además unas tradiciones, unas costumbres, algo que no es solamente presente, sino que viene desde muy antiguo, y que tiene una conformación especial y típica, derivada de esa historia anterior».

Volviendo al libro de Alomar continuaremos diciendo que no utilizamos en esta ocasión más que aquella parte de él que de un modo más directo se relaciona con nuestro propósito: el capítulo IV trata precisamente de «los problemas de la ciudad moderna». Veamos los que el autor plantea: primeramente «la extensión y la densidad de las ciudades». ¿Deben ser las ciudades pequeñas, medianas, grandes, muy grandes? Actualmente las ciudades (en todo el mundo y también en España) pasan por un período que pudiéramos llamar de hinchazón; acaso no sería erróneo aplicarle la palabra inflación que ha tomado carta de naturaleza en el orden financiero; las ciudades modernas crecen mucho y muy de prisa, y de algunas podría decirse ya que han crecido demasiado. No le parecen al autor muy deseables las grandes urbes millonarias; en todo caso el volumen y crecimiento de una ciudad no es cosa casual, sino una resultante de múltiples factores. ¿Pueden aislarse y medirse esos factores? ¿Puede regularse racionalmente el tamaño y la intensidad de crecimiento de una ciudad? Naturalmente el autor no plantea el problema en estos términos; pero sí queda para el lector, y aún apuntada la solución. Lo más importante para nosotros es que este problema municipal, el primero que el autor plantea, requiere un tratamiento genuinamente estadístico.

El segundo problema, o grupo de problemas, que encuentra el señor Alomar, es el de la vivienda.

Cuando crece una ciudad, y sobre todo cuando crece muy de prisa, la masa humana aumenta con mayor rapidez que la disponibilidad de viviendas; el fenómeno es hoy general en todas las ciudades españolas, aun las que no son de excesivo volumen; en siglos anteriores se acusó fuertemente en Sevilla en el siglo xvi y en Madrid a principios del xvii y en tiempo de Carlos III; de los tres casos tenemos algunos datos numéricos concluyentes.

He aquí también un grave problema urbano que como el anterior requiere tratamiento estadístico; problema que no necesitamos encarecer porque constituye en la actualidad para muchos un mal y para bastantes, por lo menos, un riesgo. El problema aún se complica por el hecho de que muchas cuestiones sanitarias y morales tienen íntima dependencia respecto de las condiciones en que se en-

cuentra alojada la gran masa de población de cualquier ciudad; e igualmente porque el déficit de viviendas no está sólo relacionado con el número global de familias, sino también con la estructura y tamaño de esas familias, siendo muy diferentes las necesidades de alojamiento de los grupos familiares numerosos, o de los que viven de un sueldo, que las de familias pequeñas o dependiendo exclusivamente de un jornal. (Sobre esto hemos visto un libro curioso del que quizá algún otro día hablaremos; se titula *Estimating housing needs*; su autor Alexander Block, editado en Londres, 1946.)

Tercer gran problema: el tráfico y el abastecimiento. El título mismo indica que se trata de dos grandes grupos paralelos de problemas. La población urbana no es productora de alimentos y en cambio es altamente consumidora de ellos; la ciudad ejerce, pues, una absorción constante de productos alimenticios sobre las zonas rurales inmediatas; absorción directamente proporcional al número de sus habitantes y al nivel de vida de los mismos. En siglos pretéritos, no muy lejanos, la ciudad no podía desarrollarse más allá del límite inflexible (más inflexible que el polígono de murallas que la envolvía), y que era la extensión y fertilidad de la zona agrícola que tenía en torno suyo. Hoy el problema es de índole más propiamente económica y puede resumirse así: cuanto más lejos se encuentran los centros de abastecimiento de una ciudad, tanto más cara resultará en ella la alimentación. Madrid hasta hace muy pocos decenios ha sido un buen ejemplo de ello.

La cuestión de tráfico es paralela a la de abastecimiento, pero es diferente; el nudo de la cuestión está en que las grandes ciudades tienen que extenderse sobre espacios muy amplios, y los lugares de trabajo suelen encontrarse a distancias muy grandes de las zonas o barriadas de residencia. Diariamente tiene que producirse un doble movimiento de flujo y reflujo en el cual decenas y a veces centenares de miles de personas tienen que desplazarse a distancias de varios kilómetros y efectuar el desplazamiento en condiciones de extrema facilidad, rapidez y baratura. ¿Qué gasto en pura pérdida no suponen esos desplazamientos? ¿Qué cantidad de horas robadas al trabajo, o al esparcimiento, o a la vida familiar? Un investigador inglés ha consagrado al tema una curiosa monografía y en ella se evalúa la pérdida; esa evaluación no nos parece adaptable al caso de nuestras ciudades; lo cual quiere decir que estimamos de alta conveniencia el realizar un estudio parecido con referencia a nuestras ciudades más populosas. (Liepmaum: *The Journey to Work*, Londres, 1945.)

Tres grandes problemas más añade el señor Alomar a los enumerados; pero ya los que cita posteriormente no son susceptibles de tratamiento estadístico, y por ello nos limitaremos a mencionarlos: es el problema de la ubicación en las ciudades de las grandes industrias (a ello atribuye el autor el crecimiento rápido y excesivo de las grandes urbes en el siglo XIX); la ruralización de la industria es tema por otra parte de actualidad en la literatura inglesa contemporánea de economía y urbanismo.

También se refiere el señor Alomar al problema de los espacios libres, o dicho de otro modo, a la urbanización de las campiñas. Y por último a la conservación de las ciudades históricas; este asunto nos interesa especialmente, aunque no sea un tema de Estadística municipalista. El problema aquí se caracteriza porque la configuración de las ciudades antiguas no se adapta a las necesidades del tráfico y de la habitación moderna. ¿Qué es, por consiguiente, lo que se debe hacer? ¿Derribar sin compasión lo antiguo para albergar a los habitantes según los *standards* modernos de salubridad y comodidad o sacrificar esas necesidades actuales (verdaderas exigencias de la vida presente) al factor estético y al valor tradicional de los núcleos urbanos?

El problema no existía hace cincuenta años en España; pero hoy sí, hoy existe porque la vejez de varias de nuestras ciudades es vetustez venerable; no es solamente un estorbo para el desenvolvimiento actual, es además la forma ostensible en que se expresa una tradición y una cultura que importa a todos conservar. En otra ocasión y sobre la base de documentos de demografía antigua española que tenemos recogidos, nos ocuparemos de este asunto que como ya hemos dicho, tiene para nosotros apasionante interés.

¿Son estos los problemas únicos de la ciudad moderna? Desde el punto de vista abstracto en que el autor se coloca (no olvidemos que su libro se titula «Teoría de la Ciudad») evidentemente son los únicos. Concretamente, sin embargo, para determinados grupos de ciudades (ciudades de otro continente, capitales de Estado, etc.) pueden surgir otros casos y establecerse problemática distinta. Los libros de que hemos de hablar a continuación nos van a mostrar algunos temas nuevos de este orden, sin contar con que fuera de las ciudades, en los Municipios que llamamos en lengua española corrientemente *pueblos*, hay también problemas graves que afectan a sectores considerables de nuestra población y que merecen de nuestros estudiosos municipalistas atención preferente.

El otro libro que tenemos sobre la mesa cuenta ya diez años de vida y es norteamericano por sus autores, editores y libreros. Se titula «La ciudad. Un estudio sobre urbanismo en los Estados Unidos» y sus autores son Stuart Alfred Queen y Lewis Francis Thomas.

Estos libros norteamericanos de literatura científica nos dan impresión de ser perfectos, si bien con perfección mecánica; es la perfección de un aparato de radio, de un automóvil o de una maquinaria cualquiera; a través de todos ellos se vislumbra un estudioso trabajando en un laboratorio o en una biblioteca, que funciona como un aparato de relojería. Allí, al alcance de su mano, tiene toda la documentación que puede necesitar de todos los tiempos y de todos los países; para proveerse de cualquier aparato, no tiene sino tocar un timbre o pasar a la habitación contigua; y si la investigación es larga y absorbente obtendrá sin la menor dificultad cuantas subvenciones, remuneraciones y apoyos pecuniarios necesite para alcanzar el fin propuesto; no tendrá seguramente necesidad de dedicarse a otros trabajos o distraerse en otras ocupaciones para atender a su subsistencia y a la de los suyos. Cuando se hace un libro científico en estas condiciones se agota el tema y se dice sobre el asunto la última palabra. Al cabo de dos, cinco, diez años, otro estudioso tratará el mismo tema con igual perfección, y como su obra será más reciente, arrinconará al primero. Para el lector el proceso resulta semejante al del que cambia su antigua máquina de escribir por un modelo nuevo y perfeccionado.

Que se nos perdone esta digresión que ha salido a nuestro paso al enfrentarnos con el libro de Queen y Thomas, y reconocer lo proporcionado de su estructura y el exacto engranaje de sus piezas. Gran parte del contenido no nos interesa de modo directo, porque se refiere a problemas suscitados en las ciudades norteamericanas por minorías religiosas o étnicas, o por situaciones geográficas o históricas que no tienen equivalencia en nuestro país, ni siquiera en Europa. Alguna cosa hay, sin embargo, de la que podremos extraer una enseñanza en relación con los grandes problemas de la vida municipal española; por ejemplo, la cuestión del suburbio.

Para los autores americanos el suburbio se manifiesta de dos modos: como *suburbio propiamente dicho* y como *zonas interiores de sombra* (*Blighted areas*). El *suburbio* es la zona periférica que se va formando en torno a las grandes ciudades una vez que el casco urbano

ha llegado a su límite de saturación; las *áreas de sombra* son las zonas interiores que se van quedando retardadas y aisladas en una ciudad que crece y se transforma muy de prisa. Las *áreas de sombra* se caracterizan por su caserío sórdido, anticuado, inconfortable, en contraste con los rascacielos y edificaciones inmediatas ostentosas y de máximas comodidades; se caracteriza también por callejuelas mal urbanizadas, estrechas, irregulares e insalubres, situadas paralela o transversalmente de las espléndidas avenidas. Ultimamente se caracteriza por una población abigarrada en que abundan los inmigrantes de última hora y los casos de extrema pobreza, enfermedad y criminalidad. De los datos recogidos por los autores aparece que estas zonas constituyen un elemento negativo a la vez en el aspecto demográfico, en el económico y en el de la administración municipal, porque exigen tantos desembolsos para centros benéficos, sanitarios y policíacos que no compensan la escasa productividad profesional de sus moradores.

En cambio, el *suburbio* propiamente dicho no parece constituir problema en las ciudades norteamericanas, por lo menos los autores que vamos comentando no lo consideran como tal; para ellos los *suburbios* son pequeños grupos de población en la cintura de las grandes ciudades, los cuales tenían existencia propia antes de ser absorbidos por la ciudad, y mantienen después dentro de ésta cierta personalidad autónoma; a veces son también núcleos irradiados por la ciudad misma buscando terrenos edificables más baratos o más salutariferos.

La palabra suburbio tiene siempre para nosotros un sentido despectivo que la acerca al concepto de *área de sombra* según la descripción de los autores norteamericanos; acaso lo que ellos entienden por suburbio lo expresaríamos nosotros con la palabra *barriada*. Lo que no tiene duda es que el suburbio constituye un problema y un agudo problema en todas o la mayor parte de nuestras ciudades y es un factor a tener en cuenta en todas las planificaciones urbanísticas.

La ciudad como cualquier organismo físico o social, realiza una función de asimilación y otra función eliminadora de los residuos irasimilables; el suburbio recoge esos elementos residuales y los conserva hasta que consigue transformarlos o hacerlos desaparecer; el suburbio es, pues, una parte de la ciudad que tiene misión específica, y del que no se puede prescindir sin volcar esos residuos sobre el casco urbano de donde los expulsó el instinto de defensa de la

vida colectiva. No se puede prescindir de él; pero sí se puede y se debe vigilarle, para que se mantenga en sus justas proporciones, y apartado de los puntos vitales y ornamentales de la urbe.

Otro punto de vista interesante que nos presenta el libro de Queen y Thomas es el demográfico. Desde los primeros tiempos de la Demografía, que por otro lado no están muy lejanos de nosotros, se ha reconocido la diferencia rotunda que existe entre la población urbana y la población rural. Como regla general la población urbana cuenta con menos niños y menos viejos que la rural; en cambio, para las edades centrales es mayor la proporción en las ciudades que en el campo; la natalidad suele ser bastante más inferior en los grandes núcleos de población que en los pequeños, y la mortalidad más elevada; la edad del matrimonio se retrasa en las aglomeraciones urbanas; y la ilegitimidad, mortinatalidad, mendicidad y suicidio se dan con menor frecuencia en las pequeñas poblaciones que en las grandes. En todos estos aspectos se dan múltiples excepciones, no sólo de un país a otro, sino también de una época a la siguiente; de todas maneras el contraste entre los dos tipos de población, el urbano y el rural, persiste fuertemente acusado en todos los tiempos y lugares. En lo que la Demografía no ha podido llegar a una conclusión cierta es en la delimitación exacta de ambos grupos: ¿dónde acaba la población urbana y dónde empieza la rural?, ¿qué cifra de habitantes ha de constituir el tope y límite de una y otra? La delimitación se ha complicado más aún actualmente porque en bastantes ciudades españolas se ha dado el caso de que han ocupado la totalidad de su término municipal y han empezado a desbordar sobre los términos municipales colindantes; ¿cómo hemos de considerar esos pueblos de cintura?, ¿como urbanos?, ¿como rurales? El Instituto Internacional de Estadística ha abordado, no hace mucho, la cuestión y ha establecido unas conclusiones que no resultan definitivas ni indiscutibles.

La diferencia entre las poblaciones rurales y las urbanas de un país no constituye por sí misma un problema; el problema está en la dosificación de una y otra en el conjunto, y por nuestra parte lo expresaríamos así: un país no puede soportar más que una determinada proporción de población urbana; cuando esa proporción se sobrepasa el país empieza a estar amenazado de hundimiento, como un edificio *rascacielos* que no esté fundado sobre cimientos suficientemente extensos y profundos, o como el árbol frutal de débil tronco al que el exceso de fruto pone en riesgo de troncharse. A mi

juicio radica aquí la gran debilidad interna de la Alemania del siglo xx, debilidad interna que le ha hecho perder las dos grandes guerras mundiales; y que no era otra sino el exceso de urbanismo; se habían formado demasiadas ciudades y demasiado grandes sobre el territorio alemán; el cimiento resultaba insuficiente y el empuje exterior ha precipitado la caída.

En nuestro Censo español de 1940, la población de las 50 capitales de provincia representaba aproximadamente el 25 por 100 de la población total; sin embargo, en esa proporción no se incluían las poblaciones que sin ser capitales de provincia tenían en aquel momento volumen de grandes ciudades; tampoco se incluían los pueblos de cintura limítrofes de las grandes urbes, todos ellos de marcado carácter urbano. Tal vez con estas adiciones, y teniendo en cuenta que han transcurrido ocho años desde aquel Censo y el incremento urbano es constante y rápido, podremos fijar ahora aproximadamente en un tercio de la población total española el volumen de sus grupos urbanos. ¿Nos acercaremos al límite óptimo? ¿Lo habremos sobrepasado ya? Si no hemos llegado aún, ¿qué margen racional podemos considerar que nos queda? Si nos encontramos en el punto de flexión, ¿qué métodos podríamos seguir para frenar el impulso y la tendencia al crecimiento de nuestras ciudades? Naturalmente en este artículo no podemos contestar a tantas y tan graves preguntas; sí podemos prometer que intentaremos el estudio de la cuestión a base de métodos estadísticos y sobre el material numérico acumulado por el Instituto de Estudios de Administración Local.

Nos hemos alejado del libro de Queen y Thomas, sin perder la trayectoria de este artículo; nuestro propósito no era precisamente hacer una recensión del libro, sino ayudarnos con él para establecer una «problemática urbana»; y, efectivamente, en sus páginas hemos encontrado algunos problemas fundamentales del urbanismo español. Si intentásemos sacar más de él correríamos el riesgo de alargar indefinidamente esta nuestra modesta aportación a la Revista. Cortemos, pues, aquí reproduciendo solamente las últimas palabras del libro, que son éstas: «No nos gustan nuestras ciudades tal como son actualmente. ¿Estamos dispuestos a pagar lo que costaría hacerlas de nuevo? En la respuesta reside todo el futuro del urbanismo americano».

LOS MUNICIPIOS MINÚSCULOS

El autor español y los autores norteamericanos nos han presentado o nos han sugerido los problemas más importantes de las ciu-

dades. Ahora bien, en nuestro país, ¿son las ciudades el único factor importante de la vida municipal? Los tomo 3.º y 5.º de los «Estudios y estadísticas de la Vida Local», publicados por nuestro I. D. E. A. L., nos van a dar la respuesta; se recogen en ellos las series numéricas referentes a población, extensión, servicios municipales y economía y riqueza de los Municipios con población inferior a 15.000 habitantes. Vamos a fijarnos especialmente en los de población inferior al millar de habitantes. ¿Qué nos dicen las estadísticas contenidas en esos volúmenes? Veámoslo.

Los Ayuntamientos con 1.000 o menos habitantes son 5.032, o sea, el 54,5 por 100 del total de Ayuntamientos españoles; en ellos se agrupan 2,4 millones de habitantes, o sea, el 9,1 por 100 del total de habitantes de España; cada uno de estos Municipios minúsculos resulta, por tanto, con una población media de 478 personas. En cuanto a la extensión superficial estos 5.032 términos municipales ocupan poco más de 100.000 km.² (101.500), y, por consiguiente representan casi exactamente la quinta parte del territorio español; y a su vez tienen un promedio de superficie para cada término municipal de 20,2 km.².

De cual sea la situación y funcionamiento de esos Ayuntamientos nos da idea suficiente este solo hecho: en la fecha de la encuesta realizada por el I. D. E. A. L. para los 5.032 Ayuntamientos de esta clase había solamente 3.600 secretarios. Ante ese dato cabe preguntar, ¿cómo puede funcionar un Ayuntamiento por muy pequeño que sea si carece de secretario? Se objetará que no es carencia absoluta, sino relativa, por cuanto un solo secretario atiende varios Ayuntamientos en los casos en que ninguno de ellos por sí sólo puede costear a este funcionario, cerebro y corazón a la vez del Organismo municipal. Las cifras relativas nos dicen que para cada 100 pueblos de este grupo hay 71,5 secretarios y a cada 100 secretarios corresponden 139 pueblos. Se nos ocurre comparar este caso con el de los mozos que han de prestar el servicio militar; este servicio exige en los que le han de prestar una talla mínima, ¿no deben tener también una talla mínima los organismos que han de prestar el servicio civil y municipal? ¿Y qué más demostración de falta de talla que esa cifra de siete décimas de secretario que es lo que pueden pagar uno con otro los Municipios de este grupo?

He aquí un problema municipal que no tiene nada que ver con los problemas de urbanismo y que sin embargo es básico para la vida colectiva española: el 20 por 100 de nuestro territorio y el

9 por 100 de nuestra población tienen una organización municipal insuficiente; lo cual se traduce en la esfera privada en que esos dos millones y medio de españoles afectados por esa organización municipal insuficiente se encuentran en condiciones de inferioridad respecto a los 23,5 millones de españoles situados en un ambiente local más favorable.

Podríamos generalizar este problema planteándolo en el terreno de las Haciendas locales; sin embargo, la cuestión sigue siendo la misma aunque podamos enfocarla desde puntos de vista diferentes; preferimos no seguir para evitar la fatiga del lector remitiendo a éste al estudio que hemos de dedicar al tema estadístico de los presupuestos y Haciendas locales, estudio que no ha de tardar mucho en estar terminado y publicado.

CONCLUSIÓN

Los libros que casualmente se han encontrado al alcance de nuestra mano en el momento de iniciar nuestra modesta aportación al I. D. E. A. L. nos han proporcionado un rumbo y un itinerario para nuestros propósitos de investigación estadística en el campo de la vida municipal española. Sólo nos resta añadir que el viaje ha de ser largo y penoso, como lo han sido siempre los viajes poco frecuentados o inexplorados totalmente. No tenemos ninguna seguridad de cumplir íntegramente la totalidad de sus jornadas, y por el contrario tenemos el convencimiento de que no es tarea para un solo hombre y que es más bien labor de cooperación y tarea de equipos; por ello nos permitimos hacer un llamamiento a los funcionarios y estudiosos que prestan servicio en las Corporaciones locales para que compartan la labor en el terreno de la investigación y en el puramente descriptivo e informativo; para todos hay campo porque las posibilidades son infinitas, y el esfuerzo que a ello dediquemos, es esfuerzo puesto al servicio de la Patria, la chica y la grande, la Nación y el Municipio, que la grande es sólo la suma y compendio de todas las pequeñas, como la Nación lo es de todos y cada uno de los Municipios de España; sin contar con que el I. D. E. A. L. necesita de todos, y a todos se dirige, cuando se trata de mejorar el nivel y el dinamismo de nuestros organismos locales.

J. RUIZ ALMANSA